

EL ARTE
DE LOS
SECRETOS

James Klise

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *The Art of Secrets*
Traducción: Ana H. Deza

Publicado originalmente en inglés por Algonquin Young Readers,
una división de Workman Publishing, Nueva York.
La definición de «arte marginal» se reproduce con permiso del museo
Intuit (Centro de Arte Independiente e Intuitivo de Chicago, Illinois).

Extractos de *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald (© 1925),
reproducidos con permiso de Scribner Publishing Group.

© del texto: James Klise, 2014
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Finalmente,
he aquí uno solo para Kate.*

Según el museo Intuit
(Centro de Arte Independiente
e Intuitivo de Chicago, Illinois),
el arte marginal puede definirse
como «la obra de aquellos artistas
que muestran escasa influencia
del mundo del arte comercial
y solo están motivados
por sus visiones únicas
y personales».

Acto I

Familia de cuatro personas pierde su vivienda en un incendio

Una patrulla de bomberos y otra de la policía acudieron ayer a apagar un incendio que destruyó un apartamento de dos dormitorios en West Rogers Park. El edificio de tres plantas fue evacuado. No hubo ningún herido.

Según el Departamento de Bomberos de Chicago, el fuego se inició en el número 6313 de North Artesian, en la primera planta, alrededor de las 16:00. A las 18:00 estaba apagado, aunque todavía se veía humo en la calle. El humo afectó a los pisos superiores, y el propietario del edificio informó de una inundación en el sótano.

Según Harry Manning, portavoz del Departamento de Bomberos, «se trató de un incendio menor que, sin embargo, provocó grandes daños en la vivienda». Las autoridades están investigando las causas del siniestro. El edificio se encuentra una manzana al sur de Devon Avenue, barrio en el que reside una amplia comunidad inmigrante de la India y Oriente Próximo. Numerosas personas acudieron a contemplar el trabajo de los bomberos, y algunas declararon que conocían a la familia desalojada, una pareja con dos hijos que alquiló en el piso hace más de una década.

«Ha sido una tragedia», dijo una vecina. «Algunos nacen con mala suerte». Otro vecino añadió: «Pero esta comunidad es muy acogedora. Entre todos, cuidaremos y atenderemos a la familia».

Chicago Tribune, 2 de octubre

La tarde del LUNES 29 DE OCTUBRE,
SABA KHAN, ALUMNA DE SEGUNDO,
*intenta anotar algunos pensamientos
que la incomodan antes de apagar la luz.*

Hoy en el instituto, cuando la orientadora me preguntó cuál era mi principal preocupación, respondí que dormir. Sigo estresada, y todavía me cuesta un poco desconectar por la noche. Le pregunté si me podían recetar algo (temporalmente, solo para tomármelo un par de noches a la semana) que me garantizara un poco de zzzzz. Sé que hay pastillas para eso. He visto esos anuncios de la tele en los que sale un bicho que brilla en la oscuridad, vuela por la habitación y se posa en tu mejilla mientras duermes.

-Lo entiendo perfectamente -me dijo la trabajadora social-. Tengo lo que necesitas.

Se giró y se puso a buscar en el cajón del escritorio.

«Dulces sueños, al fin», pensé. «Sí. Dámelo».

Me fijé en la figurita de una santa que tenía en la estantería. Muy bonita, de porcelana blanca. Estaba un poco inclinada hacia delante, mirando al cielo. O tal vez mirase al póster de enfrente, con una ardilla que cuelga de la rama del árbol encima de la frase: «¡Aguanta, nena!».

La orientadora se giró y me entregó... este cuaderno.

Me dijo:

-Te gusta escribir, ¿verdad? Pues si te cuesta dormir, escribe todo lo que se te pase por la cabeza, todo lo que te esté estresando. Lo escribes y luego lo guardas. Dormirás mejor sabiendo que todo eso está en el cuaderno y no dentro de tu cabeza.

Cuando le pregunté si iba a leerlo ella, me respondió que no:

-Lo que escribas es para ti: el cuaderno es un sitio donde puedes guardar todas las preocupaciones hasta que te sientas descansada y lo bastante fuerte como para enfrentarte a ellas. Lo importante es que, todo con todo, lo estás llevando bien.

Aquello de «todo con todo» me hizo gracia. ¿Cómo puede pensar esa mujer que lo sabe todo?

De modo que le pedí a la orientadora un bicho mágico que brillara en la oscuridad, y ella me dio un cuaderno de espiral. No mencionó la palabra «diario». Muy inteligente por su parte, ya que me niego a llevar un diario. No soy ninguna Anna Frank. Vale, Anna Frank no tenía portátil ni internet, pero bueno, yo tampoco tengo ya. Lo que yo quería no era un cuaderno, pero son ya las diez, tengo una larga noche por delante y estoy desesperada.

Así que vamos allá.

En primer lugar, la gente del instituto debería tener en cuenta los hechos. Todo el mundo nos vio en la pista de tenis. Nos vieron los entrenadores. Mis compañeras de equipo. Había testigos. ¿Puede alguien estar en dos sitios a la vez?

Para que quede constancia: toda mi familia estaba junto a la cancha el día 1 de octubre por la tarde, viendo cómo yo le daba una paliza a la jugadora de Fenwick, una chica blanca y huesuda con un agarre nefasto que jugaba de pena. Yo estaba muy segura de mí misma por mi nuevo corte de pelo, ondulado y por los hombros: cuando me puse la banda amarilla y roja en la frente, las chicas se vieron y soltaron:

—¡Mirad, es Wonder Woman!

Eso me encantó. Tenía la raqueta y la cancha a mi merced. Como todo el mundo sabe, el día 1 después de cortarte el pelo todo te sale bien.

Y como todo el mundo sabe, mientras yo, Wonder Woman, machacaba a la chica de Fenwick en la pista central, en la otra punta de la ciudad, el incendio machacaba nuestro piso.

Luego vi las fotos. Los muebles de la cocina daban miedo: negros y abombados, como alas de pollo churruscadas en la parrilla durante demasiado tiempo.

Lo perdimos todo: 15 años de cosas. Fotografías de Pakistán, las joyas que trajo Ammi en una maleta de cartón cuando vino con papá a este país por primera vez...

15 años de historia de mi familia, destruidos en 2 horas.

4 semanas después, la gente nos sigue mirando raro, aunque nadie viene directamente a hacernos preguntas ni a echarnos la culpa: «¿Cómo pudisteis permitir que pasara eso? ¿Cómo sois tan irresponsables?» O: «¿A quién enfadasteis?». Nadie pregunta, pero llevan la acusación pintada en la cara. A veces pienso que a la gente le gusta culpar a las víctimas cuando pasa algo malo.

Pero la caricatura de la ardilla tiene razón. «¡Aguanta, nena!>>.

*[Deja el cuaderno en el suelo,
junto a la cama, y apaga la luz.]*

*[Cuarenta minutos después, enciende
otra vez la luz y abre el cuaderno.]*

Además: el periódico describe a todo nuestro vecindario como «inmigrantes». ¡Si somos americanos! Yo nací en el Hospital Swedish Covenant de Foster Avenue. Salman también. Solo tiene 6 años y ya quiere ser marine de los Estados Unidos. Ammi

y papá rellenaron todo el papeleo, pasaron los exámenes de ciudadanía e hicieron el juramento. Seguramente se saben mejor la Constitución que los padres de muchos de mis compañeros. Papá comparte las entradas de la temporada de los Bulls con otros de la fábrica, así que ve 5 partidos de los Bulls todos los inviernos. ¡Está obsesionado! Y a Ammi le encantan los juegos americanos: el Cluedo, el Monopoly, el Pictionary, el Pit... Cuando se juntaba con las otras madres del portal, era una pesadilla: a todas les volvían locas esos juegos de mesa para niños.

Lo admito, yo me siento más americana que ellos. No sé si tiene sentido. Tal vez sea porque Salman y yo hemos nacido aquí y somos menos tradicionales. Mis padres se siguen vistiendo igual que antes. Yo nunca llevo el salwar kameez, salvo en vacaciones o cuando viene a visitarnos alguien de Pakistán. Entre semana, a Ammi le parece bien que deje la dupatta en un cajón, porque la verdad es que no me gusta demasiado llevar pañuelo. Sin embargo, me gusta poder elegir si llevarlo o no. Cuando no voy con el uniforme del insti, visto igual que mis amigas: vaqueros, camisetas, tops elásticos y sudaderas cuando hace frío.

Pero soy buena persona. Trabajo duro. Rezo cuando hay que hacerlo. Ayuno cuando toca. Intento ser reflexiva, generosa y respetuosa. Supongo que Ammi y papá están orgullosos de mí, igual que lo están de Salman.

A veces, como les pasa a todas mis amigas, tengo que negociar. El año pasado, cuando decidí apuntarme al club de tenis, papá se negó. No le gustaba que fuera en pantalones cortos y que enseñara las piernas.

-Tienes 14 años -me dijo-. Ya no eres una niña.

Pero Ammi le convenció de que me dejara jugar.

-Es bueno ser fuerte -argumentó durante la cena.

Luego me susurró:

-Además, cuando ganas a algo, te pones muy guapa.

Papá al final accedió, pero con la condición de que llevara pantalones de chándal. Tampoco le gustó la camiseta del equipo.

-Demasiado reveladora -dijo.

Siempre critica mi ropa con esas mismas palabras.

-¿Y por qué es demasiado reveladora esa camiseta? -le pregunté-. ¿Qué tengo que proteger? ¿Mis sagrados codos?

Él sonrió.

-Tus preciosos codos, más bien.

-¡Sus horrorosos codos pelados! -se burló Salman desde el sofá.

Yo estaba cada vez más enfadada.

-¿Entonces, qué? ¿Qué tengo que proteger?

Papá se quitó las gafas, como hace siempre que quiere que le miremos fijamente a los ojos y le escuchemos en serio. A veces, cuando papá me mira así, me parece que no me ve a mí, que está viendo algo más.

-Tu inocencia -respondió finalmente-. Y la inocencia de los demás.

Sé perfectamente que Ammi y papá se arriesgaron mucho y lo sacrificaron todo por nosotros. Y es cierto que, cuando juego al tenis, me pongo una camiseta amplia para que no se disgusten. Pero no soy como ellos. A veces no me apetece negociar. Lo cierto es que no soy la niña inocente que creen que soy.

Si ellos supieran...

En cierto modo, puede que el incendio sea lo mejor que me ha pasado. Pero tal vez escribir esto sea... demasiado revelador.

*El JUEVES 1 DE NOVIEMBRE,
después de haber recibido las llaves
de su residencia temporal,*

FAROOQ KHAN, CIUDADANO DE LOS EE.UU.,

*pasa por la mezquita para hablar
en privado con el imán.*

«América, la tierra de las oportunidades». Eso era lo que siempre oíamos decir en Pakistán. Todas las oportunidades estaban en Estados Unidos. Khawla y yo nos reímos ahora de eso, no sin amargura.

Oportunidades, por ejemplo, como trabajar duro durante años en una fábrica metiendo botes de champú en cajas.

Oportunidades como que las llamas de un incendio nos arrebaten todas las cosas que habíamos conseguido con mi salario.

Oportunidades como jugar al tenis.

Yo no jugaba al tenis en Pakistán. La primera vez que tuve una pelota en la mano, fue cuando mi hija Saba trajo una a casa. No esperaba que fuera peluda y suave, como una extraña fruta de color verde brillante.

Voy a ver todos los partidos de Saba. Si mi hija va a exhibirse sin nada más que una camiseta de manga corta, quiero que todos vean que yo estoy ahí para protegerla.

Mi mujer también va, porque le encanta ver jugar a Saba. En la cancha, mi hija es elegante, fuerte e inteligente. Y admito que hay algo relajante en mirar cómo la pelota viene

y va sobre la red, oyendo solo los golpes de las raquetas, los botes sobre la pista, los chirridos de las zapatillas... Cuando las dos participantes juegan bien, es casi como una plegaria. La excelencia, en cualquiera de sus formas, honra a Dios.

Khawla y yo hemos ido a todos los partidos, no nos hemos perdido ninguno. Nos sentábamos en el capó de nuestro Ford Sedan y los veíamos desde el aparcamiento, mientras nuestro hijo Salman leía libros de la biblioteca en el asiento de delante, o jugaba con los mandos del salpicadero imaginando que era el conductor. Juegos de niños...

A medida que avanzó la temporada de tenis, el verano terminó y llegó el otoño. Los árboles que rodeaban las canchas se volvieron amarillos, naranjas y rojos. Como el fuego, podría decirse. Como un presagio.

En el último partido, contra Fenwick, mi mujer encontró una máquina expendedora y compró una bolsa de patatas fritas con sabor a barbacoa. Las compartimos durante el partido. A los dos nos parecieron deliciosas, aunque mi esposa añadió que prefería las Pringles.

A veces, compramos hamburguesas y vemos la televisión americana. Cuando llega el cuatro de julio, vamos de picnic a la orilla del lago, como todos los habitantes de Chicago, para contemplar los fuegos artificiales que brillan encima del agua cuando anochece.

Hasta el incendio, nuestro hogar era un apartamento de dos habitaciones en un bonito edificio de ladrillo. Una zona segura, llena de gente, ni lujosa ni cara. Las calles estaban llenas de personas como nosotros, que han venido a este país en busca de mejores oportunidades para sus hijos.

«Oportunidades»... ¡Cómo nos aferramos a esa palabra! Es una palabra para los soñadores.

Después del partido de Saba, regresamos a casa sin tener ni idea de lo que nos estaba esperando. Khawla y yo